



PRECIOS DE SUSCRICION:

España y Portugal: un año, pesetas, 7'50.—Extranjero: un año, pesetas 12'50.—Cuba y Puerto-Rico, un año 3 pesos oro.—Precio del número corriente: pesetas 0'15.—Precio del número atrasado: pesetas 0'25.—En América, fuera de las Antillas españolas, fijan los precios los Sres. corresponsales.

COLABORADORES

BIEDMA (DOÑA PATROCINIO DE).—MENDOZA DE VIVER (DOÑA MARÍA).—OPISSO (DOÑA ANTONIA).—PARDO BAZAN (DOÑA EMILIA).—ALAS (DON LEOPOLDO).—BLANCO ASENJO (DON RICARDO).—BLASCO (DON EDUARDO).—BRAGA (DON TEOFILO DE).—CAMPOAMOR (DON RAMON DE).—CANOVAS DEL CASTILLO (DON TONIO).—CASTELAR (DON EMILIO).—CASTILLO (DON RAFAEL).—ECHegaray (DON JOSE).—ESCLUE (DON MANUEL).—FRONTAURA (DON CARLOS).—GENE POMPEYO).—GOMEZ LEAL (DON ANTONIO DUARTE).—GONZALEZ SERRANO (DON URBANO).—JARA (DON EUGENIO R.).—LASARTE (DON MANUEL).—LUSTONO (DON EDUARDO).—MANE (DON JUAN).—MARTÍ Y FOLGUERA (DON JUAN).—MAS (DON ADOLFO).—MIQUEL Y BADIA (DON FRANCISCO).—MORAYTA (DON MIGUEL).—NÚÑEZ DE ARCE (DON GASPARD).—OPISSO (DON ALFREDO).—PALACIO VALDES (DON ARMANDO).—PALACIO (DON EDUARDO DE).—PALACIO (DON MANUEL DEL).—PALACIO (DON MELCHOR DE).—PEREZ AZNAR (DON JUAN).—PEREZ COSSIO (DON LEANDRO).—PEREZ GALDÓS (DON BENITO).—PI Y MARGALL (DON FRANCISCO).—SANCHEZ PEREZ (DON ANTONIO).—SAPERRE Y MIQUEL (DON SALVADOR).—SERRATE (DON JOSE MARIA).—UGUET (DON JUAN JUSTO).—ZORRILLA (DON JOSE), Y OTROS.



SUMARIO

TO.—La Semana, por E. Blasco.—Como será el morir, por Emilia Pardo Bazán.—Epigrama, por Manuel del Palacio.—El antropomorfismo, por U. González Serrano.—Nuestros grabados.—¡Dolor! por R. del Castillo.—Los mosquitos bricos, (continuación) por A. Palacio Valdés.—Sobre la teoría moderna del calor, (continuación) por J. Echegaray.—Los héroes del vulgacho, (continuación) por M. Morayta.
GRABADOS.—Proceso de una hechicera en la Edad Media.—En la lúnd de los bosques.—Cementerio turco.—Músicos ambulantes.—Acogido hecho por los ciudadanos de Colonia a Enrique IV, perseguido por su hijo, (grabado suelto, de regalo).

LA SEMANA

CON Claudio Moyano ha sido nombrado senador por el claustro universitario de Madrid. La elección no puede ser más acertada. Con ella, median la consecuencia política, la honradez acrisolada de los servicios prestados a la instrucción pública por Moyano; pero de ningún modo significa un triunfo de carácter político. El Cid ganó batallas después de muerto, y el modernismo histórico no es ya más que un cadáver. La última palabra del párrafo anterior me lleva como Color la mano al asunto del día, a las defunciones, y trae a mi memoria los siguientes versos:

«La pálida guadaña, igual destroza
murado alcazar, que pajiza choza.»

Así decía y aún dice un tratado de Retórica que hube de estudiar, allá en mis mocedades y si bien como ejemplo creí que el pensamiento presentado con novedad, me parece que de ante malo, sobre todo por lo de la *pálida guadaña*, el bunticho en sí es de una verdad incuestionable. Hasta podría afirmarse que hay momentos, como el presente, en que la *pálida guadaña*, pálida cual jóven romántica, ó de buen color (a la vez de la vejez de los hombres que *salen*, a veces, cuando se ven *en las carías*), demuestra especial predilección por los edificios murados.

La muerte de Matilde Díez (reina del teatro), sucedió a la de Joaquín de Comillas; tras el fallecimiento de éste, ha muerto el del marqués de Salamanca.

La popularidad de su nombre que va unido al de un aristocrático barrio de Madrid, me dispensa de hacer su elogio, aunque no de sentir su pérdida, ni de enviar el pésame a los hijos.

Los republicanos franceses se parecen a la guadaña de la que acabo de hablar. También les da por perseguir a los príncipes.

Un condenado a cuatro ó seis años de prisión al príncipe Krapotkine; han encarcelado al príncipe Jerónimo de León y quieren desterrar a todos los príncipes habidos y haber.

Pongo que si esto último se acuerda, la orden de desamortización llevará el sello de la República con las tres famosas palabras: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*.

Yo fuera el escribiente encargado de copiar la susodicha orden, añadiría debajo del indicado lema: *Y al prójimo contra una esquina*.

Seré justo confesando que algunos de los príncipes de que se trata hacen todo lo posible porque su desgracia no merezca compasión. El uno, Krapotkine, es *nihilista*; el otro, de León, se pone en ridículo publicando un manifiesto *socialista-demagógico*.

pero que, en justa compensación, Rochefort pedirá que se le reconozca como soberano absoluto y fundador de la república de los... quesos.

Me parece que en el ministerio francés hay quien no aprueba estos proyectos de expulsión y es fácil que esta divergencia conduzca a una crisis.

El conflicto. Según dicen, un centinela musulmán faltó al respeto al cónsul de Italia en Trípoli, y éste contestó al acto con un latigazo. Italia sostiene que las palabras del cónsul son insultos internacionales. Turquía declara que el latigazo dado por el agente de Italia, ha cruzado la cara de un sultán.

Estoy seguro de que éste, libre respecto a sí mismo de emplear sutilezas diplomáticas, dirá para sus adentros: —¡Ahí me los den todos!

En Berlín, el gran Niemeyer ha demostrado ó intentado demostrar, por lo ménos, que la muerte de Gambetta se ha debido a la torpeza de los médicos, más bien que a la enfermedad.

Hay que advertir que Niemeyer es también de la facultad, lo cual da margen a dos reflexiones:

Cuando él lo dice, sabido lo tendrá.

Y no hay peor cuña que la de la misma madera.

No por ser vulgares ambas, dejan de ser verdaderas.

A propósito de médicos.

El de un hospital, se acerca al lecho de un enfermo, a quien ha amputado una de las extremidades inferiores, el día antes, y le pregunta:

—¿Cómo está V.?

—Con una pierna ménos,—responde el paciente.

En el mismo hospital.

Una hermana de la Caridad, jóven y hermosa, vela a la cabecera de un enfermo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—murmura éste.

—¿Qué quiere V. de Dios?—dice ella;—yo soy su hija.

—Pues quiero.... ¡ser su yerno!

EDUARDO BLASCO.

COMO SERÁ EL MORIR

Claro está que yo no me he muerto nunca, ni ningún difunto ha vuelto desde el otro barrio a contarme sus postimerías; pero se me antoja, y ¿quién podrá demostrarme lo contrario? que la impresión de la muerte ha de ser cosa muy análoga a la que experimenté cuando me aplicaron un anestésico (el *gas hilarante* ó *protóxido de azoe*) hasta hacerme perder por completo el sentido, para sacarme, sin dolor, una muela.

Apénas me introdujeron en la boca el tarugo de madera destinado a tenerme separadas las mandíbulas y me cubrieron la mitad del rostro con la máscara de goma, sentí, lo primero, que toda mi sangre refluyó al corazón suavemente, aunque oprimiéndomelo. Dificultóse mi respiración un poco, y las sienes y los pulsos se me enfriaron, pero mi retina reproducía aún la imagen de los objetos exteriores. Por algún tiempo me acosaron vivas ansias de gritar: ¡Aire, aire! y sin embargo, me faltaban fuerzas para hacerlo. De pronto cesé de ver, aunque no de oír un rumor confuso semejante al del mar cuando se estrella en la playa. Y no notaba si mis miembros estaban adheridos a mi cuerpo, ó mejor dicho, figurábaseme no tener cuerpo, sino sólo corazón y cerebro, y eso de un modo vago; el corazón parecíame que me lo apretaban unos dedos invisibles y elásticos; en el cerebro advertía como un oleaje, una ebullición de ideas que se evaporaban y resolvían en humo, perdiéndose allá en espacios negros, ilimitados y remotos. Espiraba por momentos; la vida se escapaba de mí, cual se escapa el aire de una pelota hueca al pincharla un rapaz. Ni acerbos dolores, ni congojas me asaltaban; moríame insensiblemente, como se muere el día en el crepúsculo. ¿Con qué ó dónde había de percibir los dolores, si ya mis nervios no vibraban, mi sangre no corría, estaban embargadas mis potencias y no funcionaban mis sentidos?

Tin... tin... El corazón aún quería moverse como azorada avecilla en la cavidad del pecho, pero una mano plomiza cayó sobre él, y aquietóse...

Ni ideas, ni sensaciones... Nada... Sólo la muerte.

Todo esto que cuento me pareció largo, largo, eterno, y al volver en mí, díjéronme que los efectos de la anestesia habían durado veinte segundos.

¡Mucho se vive cuando se muere!

EMILIA PARDO BAZÁN.

EPIGRAMA

Tres años hará en Febrero
que no cobra un solo escudo
Gil, maestro en Cudillero,
por lo cual, casi desnudo,
va mendigando un puchero.
Y eso que según Leonor,
vecina del profesor,
asegura á su marido,
nunca un maestro han tenido
que enseñe más ni mejor.

MANUEL DEL PALACIO.

EL ANTROPOMORFISMO

*¿Homo mensura veri?...
Nihil novum sub sole.*

Sea consecuencia de la fadole del pensamiento humano, [ora se atribuya al carácter de las especulaciones filosóficas, bien se explique por la naturaleza constantemente ampliable de la verdad, es lo cierto que los problemas más vitales de la ciencia y de la realidad se renuevan, renacen y vuelven a aparecer, bajo nuevas fases y aspectos, en el continuo oleaje del progreso humano.

El *Homo mensura veri*, que ha llegado á incrustarse en la cultura común en aforismos proverbiales, ha sido, durante largo tiempo, principio informador, idea-madre, criterio fundamental de algunas maneras de pensar, que clasificadas bajo la denominación común de *antropomorfas*, asientan como principio inconcuso el de que concibe el hombre la realidad que le circunda, al modo que concibe y explica su propia realidad y que traduce esta concepción general en la ciencia, en el arte, en la religión y aún en la práctica. Cuando los estudios de crítica religiosa se han secularizado, han venido á la conclusión de que concibe el hombre á Dios y explica sus relaciones con el mundo de igual manera que concibe la realidad que le es inherente y las relaciones que con ella sustenta. Por tales motivos decía Proudhon, combatiendo lo dogmático de todas las religiones positivas, que *lo verdaderamente divino en la creencia religiosa es lo que tiene de humano*. Pudiera tomarse esta afirmación como una de tantas paradojas de que tan enamorado se manifestaba siempre el gran demolidor francés; pero es, antes que una paradoja, consecuencia indeclinable de un criterio generalmente aceptado en distintas épocas y comentado por diversos pensadores. Cuando los estudios de crítica estética coinciden en poner el escenario de toda emoción y de toda representación de la belleza en el fondo sin fondo del corazón humano, como materia perdurable del arte, no hay más remedio que reconocer que el arte se seculariza á la par que se humaniza, siguiendo la tendencia general que venimos indicando. Cuando la crítica científica (experimental y positiva) y la filosófica consideran incontrovertible prueba de la verdad la comprobación y verificación personales, refutando y desechando lo dogmático y el principio de autoridad, hay que declarar que la ciencia se seculariza, proclamando la misma idea que informa las restantes manifestaciones de la cultura general.

Si para comprobar este fenómeno social, que tiene consecuencias y alcance en lo científico, en lo moral, en lo religioso y aún en el orden práctico, recurrimos á otro orden de consideraciones, ¿cómo habremos de olvidar que la idea de la personalidad humana ha servido constantemente de lastre, base y fundamento á la concepción general del mundo y de la realidad?

Si el hombre concibe su existencia personal (y así la ha concebido desde el tiempo de Demócrito hasta Hume, Spencer, Mill y Bain), como una simple sucesión fenomenal, en la cual se articulan arbitrariamente, por desconocido procedimiento, ó merced á leyes inflexibles y mecánicas, los acontecimientos que tejen la urdimbre de la existencia individual y general, tiene que concebir, *ipso facto*, el mundo y la realidad cual producto de un *fatum* inexplicable (ananké griego), ó como resultante indeclinable de leyes mecánicas, dentro de las cuales es el hombre uno de tantos peones ó factores del tablero común.

Al concebir el hombre (y así lo ha concebido con Platón, con Kant y con todo el idealismo) su existencia personal según un criterio lógico é idealista, cual si fuera el individuo centro de una serie de representaciones, reguladoras de la acción humana, se ha visto obligada la inteligencia á concebir mundo y realidad interiores y exteriores como producto de una representación primera y fundamental, de un tipo estable é inmóvil, que ha engendrado todas las concepciones de una Providencia extramundana, superior á la normalidad de la ley y aún contradictoria de ella.

Explicando la existencia personal fisiológica y psicológicamente como un centro de apropiación específica de las fuerzas que nos rodean y como centro, ya que no director, colaborador con estas mismas fuerzas, á un común destino, se ha puesto el pensamiento y se ha colocado la práctica en camino de entender de qué suerte el antropomorfismo antiguo y el humanismo moderno pueden evitar un endiosamiento satánico de la individualidad; puesto que se reconoce implícita y explícitamente que no crece el conocimiento de nosotros mismos, sino en el grado en que aumenta el conocimiento del mundo que nos rodea, atmósfera material, social, moral y científica, dentro de

la cual vivimos como vive todo organismo dentro del medio que le es adecuado. Así, pues, la ley que seculariza y aún humaniza todas aquellas energías (ciencia, arte, religión, etc.), de espíritu individual y colectivo, no es ley que va al egoísmo, ni principio que proclama el derecho del más fuerte: antes bien es ley que impone la subordinación en el orden lógico y la abnegación en el orden moral; es ley que capacita para entender que no es ni puede ser concebido el destino humano cual línea inflexible, en un solo sentido prolongada, sino que consiste nuestro destino en determinar el cruce y concurso de todas las fuerzas que nos rodean en síntesis cada vez más amplias y superiores, á cuyas síntesis colaboramos con los dos factores más importantes de nuestra personalidad: la cultura recibida, apropiada y sumada, que hemos recogido del medio social y la iniciativa propia del poder informador, que constituye nuestra individualidad y engendra nuestro carácter.

De esta suerte podemos capacitarnos para adquirir el sentimiento de nuestra dignidad personal, depurado de un orgullo que endiosa y enerva nuestras propias energías y la solidaridad, que la especulación y experiencia muestran á cada paso, lleva lógicamente á que la personalidad aprenda á referir y subordinar su fin y destino al orden universal.

U. GONZÁLEZ SERRANO.

NUESTROS GRABADOS

PROCESO DE UNA HECHICERA EN LA EDAD MEDIA.

¡Héla ahí, á la infeliz criatura, ante el espantoso tribunal que ha de condenarla! Después de haber sufrido en lóbrega mazmorra hambre, sed y frío, la han arrastrado los sayones á la negra sala del tormento, donde ha de procederse al abominable arrancamiento de la confesión por la tortura. En torno de una mesa sobre la cual se destaca un crucifijo alumbrado por dos verdosas velas, están los horribles jueces que han de sonsacar la declaración á la víctima. Por todas partes hieren los ojos instrumentos de suplicio: ruedas, poleas, grillos, escalas, martillos, torniquetes, tenazas y cadenas. Los esbirros han despojado ya de sus vestidos á la desventurada. ¿Qué va á ser de ella? Cuando sienta sus miembros descoyuntados por las tirantes cuerdas; cuando penetren en sus carnes las afiladas puntas de los garfios; cuando las llamas del brasero ó la plancha de hierro enrojecido abrasen las plantas de sus pies; cuando sienta sus tobillos y muñecas magullados por la infernal apretura de los boraceguies; cuando sus brazos y piernas doloridos sufran la cruel constricción de los tornillos, todo lo confesará, todo lo revelará entonces entre furiosos alaridos de dolor. Sus jueces contemplan mientras tanto con extinguida impasibilidad los aparatos del suplicio, impacientes porque no haya dado ya comienzo, y luego señalarán el tercer día de plazo, hasta que al fin, desgarrada, magullada, lacerada y exánime, entregarán la infeliz acusada al verdugo para que la lleve al quemadero, pena señalada á los reos de hechicería.

La justicia de los hombres condenó así á centenares de miles de personas; pues bien, entre tantos acusados de brujería ni uno solo era criminal; ¡todos eran pobres enfermos delirantes! Hasta que el inmortal Juan de Wier protestó contra la monstruosa infamia que se perpetuaba no empezaron á disminuir las ejecuciones. ¡Entre tanto, el imbécil fanatismo había cubierto de humeantes restos humanos media Europa!

EN LA LINDE DEL BOSQUE.

Avezado á habérselas con altivas águilas, osos y jabalíes, ¿cómo no ha de triunfar el apuesto cazador de la cándida paloma á quien está fascinando como la astuta serpiente al pajarillo? Clavados en ella los ojos y murmurando á su oído frases de amor, parece estar ya seguro de su presa. Detrás de ellos extiende el lago su límpido cristal, pero indiferentes al paisaje que les rodea sólo les ocupan sus propios pensamientos. El libro anda por el suelo. ¡Ay de la niña, si más tarde ha de exclamar, como Francesca hablando de Paolo: ¡Aquel día ya no leímos más!

CEMENTERIO TURCO DE KADI-KÖI, CERCA DE SCUTARI.

—Jamás los hombres han visto nada más bello entre el cielo y la tierra,—exclamaron unos viajeros después de haber contemplado desde un globo el incomparable paisaje que ofrecen las orillas del Bósforo. Y así es la verdad; cuanto puede soñar de mas espléndido la imaginación oriental se halla acumulado en los tres promontorios que ciñen el Estrecho, dos en Europa, formando el *Cuerno de Oro*, y el opuesto en Asia, constituyendo su digno peristilo. En el fondo de la costa europea levántase Constantinopla, con su mezquita de Santa Sofía, el serrallo, cúpulas, minaretes y palacios, separados por grupos de altos cipreses, y anclados en los muelles buques de todas formas y naciones, cuyos mástiles asemejan á inextricable bosque.

En la frontera orilla aparece cubierta con un manto de verdura, bordado de palacios y jardines la colina de Scutari, sobre cuyas laderas se divisan las mezquitas de Selim, Kajvah y Abdul-Hamid, y la *Torre de Leandro*, célebre en las leyendas de amor, y detrás de ellas se encuentra el cementerio que forma el asunto de nuestro grabado.

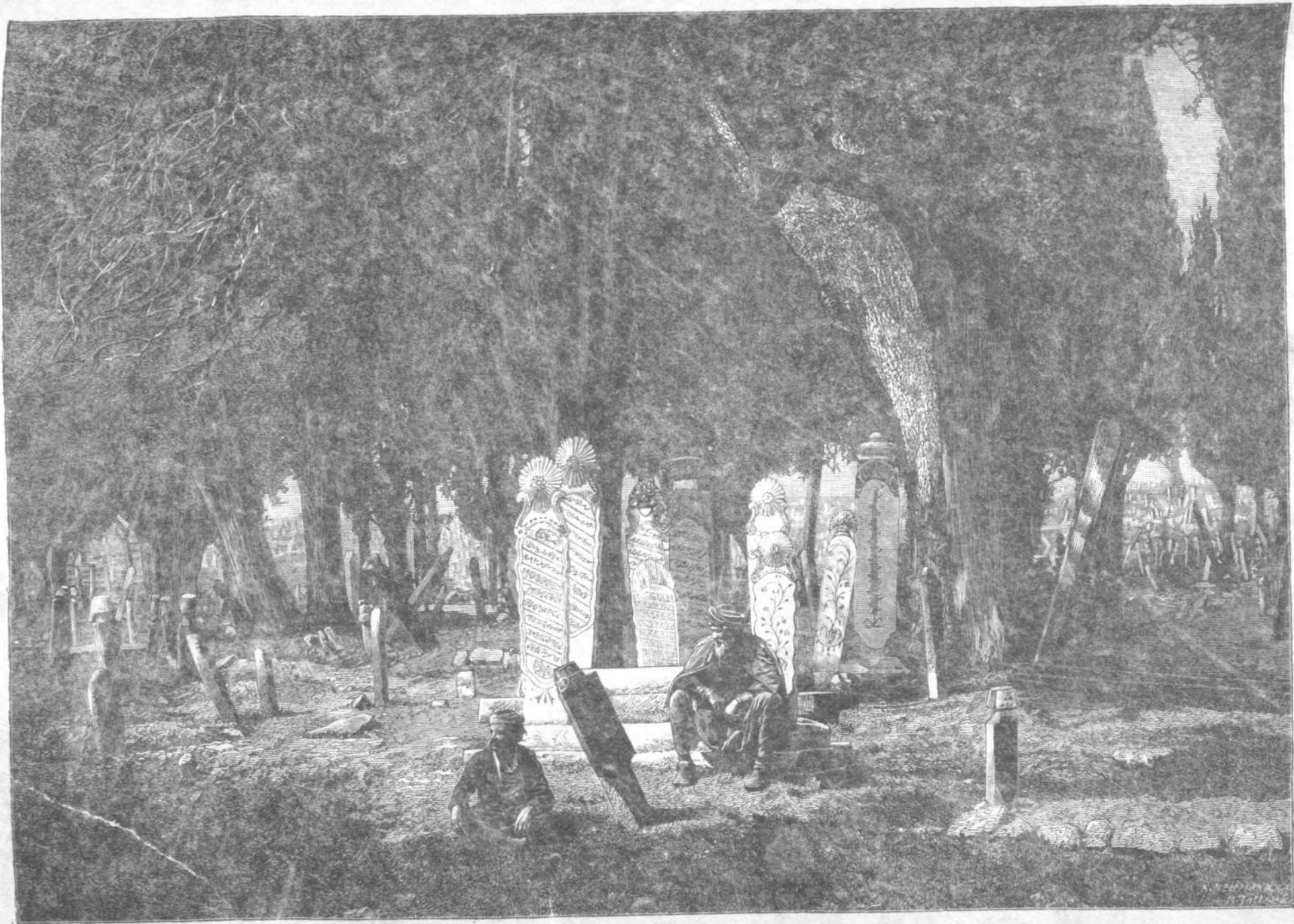
Parece imposible que pueda respirarse encanto y alegría en la mansión de los difuntos, y sin embargo, no otra cosa se experimenta al penetrar en aquel sitio. Bosques de adelfas, cipreses, pinos, acacias y sicómoros, bañados por el esplendoroso sol del Oriente, hacen de aquel lugar un delicioso eden, lleno de animación, de luz, de amenidad y placidez. Las tumbas de que está sembrado no despiertan ninguna idea lugubre, antes bien parece que los muertos han de descansar con más ligero sueño bajo el vano de los árboles que les dan sombra.



EN LA LINDE DEL BOSQUE



ACOGIDA HECHA POR LOS CIUDADANOS DE COLONIA Á ENRIQUE IV, PERSEGUIDO POR SU HIJO



CEMENTERIO TURCO EN KADI-KJOI, CERCA DE SCUTARI

MÚSICOS AMBULANTES.

Son dos hermanitos, que vieron la luz primera en las risueñas campiñas de la Calabria, y que vendidos por sus padres a viles empresarios, recorren el mundo llenando de cantos y armonías las calles y plazas de extranjeros pueblos. Dios sabe por qué trances han debido ya pasar, pero nada ha sido capaz de enturbiar su alegría. El muchacho toca el violín; la niña canta y ambos parecen contentos con su suerte.

Brilla en sus rostros noble inteligencia y despejo; la niña, dechado de gracia y gentileza, recuerda la matinal alondra al empezar tan tempranamente la vida errante y aventurera del músico callejero; su hermano, risueño y satisfecho, acompaña con placer el canto de la chiquitina que con fresca, e inocente voz preludia:

*¡Sentí la roce
Di nostro capitano!*

Para nada se acuerdan en aquel momento de la barbarie del padrone, encargado de explotarlos, ni de su lejana patria. ¡Dichosa edad! Mas tarde, ¡quién sabe dónde habrá de llevarles su destino! La niña es bonita como un ángel; el muchacho robusto, audaz y decidido. Lo mismo pueden llegar á ser glorias del arte que genios del crimen y del mal. ¡Dios los proteja!

ACOGIDA HECHA POR LOS CIUDADANOS DE COLONIA AL EMPERADOR
ENRIQUE IV PERSEGUIDO POR SU HIJO.

Uno de los más grandes emperadores de Alemania fué sin duda Enrique IV, que ocupó el trono no menos de cincuenta años, de 1056 á 1106, y es seguro que de haber vivido en época menos agitada, de no haber encontrado vasallos tan rebeldes en los sajones y enemigo tan habil, tan poderoso y tan enérgico y pertinaz en Gregorio VII, gloria del pontificado, habría realizado grandes empresas y acaso trastornado la faz del mundo entónces conocido, en vez de consumir sus fuerzas y sus recursos y esterilizar sus dotes en luchas contra los que debían estarle sometidos y contra el Papa, que sostenía con justicia que lo espiritual no debía hallarse supeditado á lo temporal.

Conocida es de todos la guerra sostenida contra el sucesor de San Pedro por Enrique IV; hasta del dominio vulgar es el hecho de la penitencia que se vió obligado á hacer el emperador, temeroso de perder su trono, en el castillo de Canosa: lo que ya no es tan conocido es el hecho de que cuando á la muerte de Gregorio VII y tras la derrota de sus demás enemigos, Enrique IV disfrutaba por fin algún sosiego, sus propios hijos Conrado, en 1093, y Enrique, en 1101, alentados por haber sido renovada la excomunion lanzada contra su padre por los papas Víctor, Urbano y Pascual, se rebelaron contra quien les habia dado el ser, declarando Enrique hipócritamente, pues sólo la ambición le movía, luego que hubo muerto su hermano, que no podía vivir en union con un hombre que estaba tranquilo á pesar de haber sido excomulgado.

El emperador se presentó en una gran dieta celebrada en Maguncia, confiado en una reconciliación que habia mediado entre él y su hijo; pero no obstante haber sido ésta ratificada con juramento, fué desarmado á traición, hecho prisionero, obligado á despojarse de las insignias reales y finalmente á renunciar al imperio por medio de acta auténtica firmada en Ingelheim en 31 de Diciembre de 1105.

Sin embargo, el anciano emperador encontró ocasion de huir de dicha ciudad y se retiró á la morada de su amigo Osberto, obispo de Lieja, quien, en union del duque de Lorena, reunió un ejército que derrotó al desnaturalizado Enrique, cuando éste iba á pasar el Mosá, volviendo á colocar en el trono á Enrique IV, que sólo vivió ya hasta el 7 de Agosto de 1106.

La lámina que damos hoy de regalo á nuestros lectores representa la cordial acogida que el emperador obtuvo de los habitantes de Colonia, por donde hubo de pasar en su fuga de Ingelheim, acogida que demuestra que siempre los pueblos, cuando viles agitadores no les ofuscan, se ponen de parte de la razón y de la justicia.

¡DOLOR!...

Allí estaba tendida... sobre el lecho,
con la pálida faz desencajada
y más que con el labio, con la vista
me llamó, me acerqué. ¡Ay! ya no hablaba.
Mi faz junté á la suya; débil soplo
fugaz pasó sobre mi frente helada...
Lancé un grito; sentí cual si estallasen
en pedazos las fibras de mi alma...
Perdí el sentido, mientras el espíritu
del cuerpo de mi madre se alejaba.

RAFAEL DEL CASTILLO.

LOS MOSQUITOS LÍRICOS

II. Voy á hablar de algunos de nuestros mosquitos más distinguidos. Conviene de vez en cuando sacudirse las moscas. Divídense en cuatro grandes familias á cual más perversa y endemoniada. La primera es la de los mosquitos

sentimentales que son los de apariencia más inofensiva aunque en realidad haya motivo para guardarse bien de ellos. Tienen un zumbido dulce y quejumbroso, que al principio no molesta gran cosa, pero que llega á hacerse insoportable. De estos mosquitos, algunos empiezan á disgustarse de la vida así que entran á cursar la segunda enseñanza: salen generalmente suspensos en los exámenes, reciben innumerables coscorrónes del jefe de la familia y se enamoran perdidamente y en secreto de una mujer de treinta años. Hasta aquí sus estragos no pasan del círculo de la familia; mas al llegar á los diez y seis años comienzan á hacer coplas amargas como la hiel, inspiradas por lo común en la *desesperación de Espronceda*, un estúpido y obsceno poema fabricado por algún estudiante de medicina para deshonorar el nombre del ilustre poeta. Estas coplas se escriben con lápiz mientras los papás se figuran que está allá en un cuarto enfrascado en el estudio, y sólo son admiradas de algún amigo discreto que recíprocamente presenta á su admiración otras coplas no ménos amargas. Tal vez que otra estas coplas, que ruedan por los bolsillos de los pantalones hasta que se pudren, caen en manos de la mamá al tiempo de coser ó cepillar la ropa: la mamá, claro es, no sabe lo que aquello significa pero corre á mostrárselo al papá y aquí fué Troya! Éste considera á su hijo sumido en un piélago de liviandades, se pone livido, lanza profundos suspiros de congoja y despues de un enérgico discurso encierra al culpable bajo llave durante ocho días. La mamá, más dispuesta como mujer á los sentimientos dulces, acude á la religión y le lleva á confesar con un sabio jesuita, no sin que el jóven poeta proteste sordamente, pues ya han huído de su atormentado espíritu las consoladoras creencias de los primeros años. Aunque pide perdón á su mamá y le promete no volver á escribir *porquerías*, el mosquito sentimental no puede prescindir de continuar zumbando á escondidas de su familia: las persecuciones, lejos de abatirle encienden más y más el horno de su inspiración y le acaban de persuadir de que la copa de la vida está llena hasta los bordes de cierto licor ponzoñoso y que él se encuentra obligado á apurarla hasta las heces. Un periódico semanal de la localidad se encarga de comunicar esta su convicción al público, expresada en términos solemnes, aunque sin gramática. Desde esta fecha nuestro mosquito comienza á gozar de una envidiable reputación que se extiende como mancha de aceite por toda la provincia.

No obstante, por más que la opinion favorable de sus paisanos sea un bálsamo precioso para cicatrizar las heridas del corazón, todavía no está satisfecho y medita seriamente un día y otro en venir á zumbar á Madrid, á fin de que se le oiga en todos los ámbitos de la península. El papá, que ya se va convenciendo de que su hijo, aunque haya salido suspenso en la mayor parte de las asignaturas, llegará á ser una celebridad, consiente en hacer un sacrificio. Ya le tenemos en la corte. A los cuatro meses justos publica una composición en cierta revista literaria; á los quince días otra, á los quince días otra, y así sucesivamente sigue zumbando periódicamente durante dos años. Al fin se decide á coleccionar sus poesías en un tomo. El papá vende una finca y le remite dinero. Pide un prólogo á Cañete, y este señor, que jamás se niega á tales cosas, dice al frente del libro en lenguaje castizo que hay en él composiciones muy lindas, y las cita, que el autor muestra por lo general mucha «elegancia, donaire y estro» y que el jóven mosquito si no se desgracia llegará á ser un moscón insigne. Desgraciadamente esta profecía permanece guardada como santa reliquia en el almacén de algún librero que ha aceptado el tomo en comisión. Trascurren meses sin que ningún humano venga en demanda del tomo de *Preludios* (estos mosquitos casi siempre ponen á sus zumbidos algún nombre musical: preludios, arpeggios, acordes, calderones, etc.), hasta que el librero se cansa de tener tanto papel inútil en el almacén y decide volvérselo á su dueño ó comprarlo al peso. Esta es una de las soluciones. Otra consiste en que D. Modesto Fernández y González interponga su influencia para que el Ministerio de Fomento le tome quinientos ejemplares con destino á las bibliotecas públicas. Los súbditos españoles que las frecuentan no podrán ménos de agradecer al ministro el interés con que mira el cultivo de sus facultades imaginativas: todos los años les remite algunos miles de quintales de ternezas rimadas.

De todos modos la falta de dinero es una de las causas

primeras de mortandad en la familia de los mosquitos sentimentales. Los que consiguen sobrevivir á tal causa y llegan á dar una velada en el Ateneo de Madrid están salvados. El Ateneo es para los mosquitos el oxígeno. Cuando alguno anda alicaído, asfixiado por la indiferencia del público y á medio morir, no tiene más que venir á leer ante ésta docta corporación y se le verá inmediatamente revolotear lleno de vida y alegría. El Ateneo en achaque de versos es de una potencia digestiva superior á la de los tiburones y avestruces. Los botones de metal y los pedazos de vidrio que dicen que estos animales digieren no son nada comparados con los versos que yo he visto tragar en el Ateneo; un padre cariñoso no haría más por su hijo que lo que suele hacer este cuerpo docente por los mosquitos de que acabo de hablar.

III. Otra de las grandes familias en que se divide la especie de los mosquitos líricos es la de los *filósofos* ó *trascendentales*. No tiene la misma fuerza reproductiva y por consecuencia no es tan numerosa como la anterior pero en cambio es infinitamente más devastadora. El mosquito filósofo suele leer mucho y está por lo general bastante enterado de las literaturas extranjeras; apunta cuidadosamente en un libro de memorias las frases brillantes y los pensamientos profundos y esmalta con ellos sus híbridos engendros; no es partidario del arte por el arte, ni gusta de la literatura frívola que sólo aspira á conmover y recrear; de las tres dimensiones de los cuerpos, longitud, latitud y profundidad, no admite más que la última. Es mucho más objetivo que sus colegas los sentimentales y aun cuando manifiesta tendencias muy marcadas hacia el pesimismo no llega á él por el camino puramente subjetivo y personal de aquellos sino mediante el estudio reflexivo de los fenómenos y las leyes, por lo cual su pesimismo es siempre más lúgubre, más desgarrador, como que es el resultado lógico de un sistema, de un vasto y profundo concepto de la existencia. Desde niño se observa en él gran amor á lo general y mucho desden por lo particular. Estas nobles aficiones le han perdido á menudo en los exámenes durante la segunda enseñanza: se empeñaba en contestarlo todo á *ratione* y en resolver las más arduas cuestiones de plano y según le dictaba su alto entendimiento. En historia natural salió suspenso porque habiéndole preguntado las clasificaciones contestó que él no admitía clasificaciones en la naturaleza, que el mundo debía considerarse siempre en su unidad indivisible y permanente, y que todas las clasificaciones estaban sujetas á cambios incesantes según los progresos que se hicieran en el estudio de la materia. Los profesores de instituto (salvo honrosas excepciones) son más dados á lo temporal que á lo permanente y el mosquito filósofo padece por esta causa muchos vejámenes en los albores de la vida.

(Se continuará).

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

SOBRE LA TEORÍA MODERNA DEL CALOR

GRANDES UNIDADES DEL MUNDO MATERIAL

¿Cómo pueden ser, cosas tan distintas, idénticas en el fondo, y hallarse por decirlo así, envueltas y comprendidas en un mismo principio que las explique á la par?

Sin embargo, nada mejor demostrado: *el sonido* es la vibración del aire, como la *luz* es la vibración del éter.

En uno y otro caso hallamos como fondo del fenómeno *materia* y *movimiento*.

Éter, allí; aire, aquí.

Vibraciones etéreas en la luz: vibraciones aéreas en el sonido.

En uno y otro caso, un solo fenómeno de *Mecánica*: *el movimiento*; la variedad reducida á la unidad; las fórmulas algebraicas de la dinámica explicando á la vez las armonías de los sonidos, y las armonías de los colores.

Un cuerpo luminoso hace virar á su alrededor el éter antes inmovil, y la onda vibrante se esparce y se dilata,—para la razón, como movimiento; para los sentidos, como *luz*.

La cuerda de un arpa vibra, y vibra con ella el aire extendiéndose en la atmósfera, para la ciencia, como una *masa que se mueve*; para nuestros sentidos, como una armonía *sonora*.

Una ráfaga de viento cae sobre la superficie del mar, y el movimiento ondulatorio se propaga sobre el Océano, en rigor, como la onda vibrante ó

como *ondulación sonora*; para el sentido de la vista, pobre y lin sucesión de montañas de agua que suben y bajan.

Tres hechos y una sola ley: la *luz*, el *sonido*, el oleaje del mar dos en las fórmulas que la *Mecánica* halla para el movimiento. Pero aún más: sigamos la comparación.

El cuerpo luminoso se extingue, la vibración cesa, el éter que he aquí la *oscuridad*.

La cuerda del arpa se detiene: el aire no vibra ya y queda aquí el *silencio*.

Las olas del mar se desvanecen: la superficie del agua queda e he aquí la *inmovilidad*; como eran inmovilidad de la materia el *silencio*.

IV. Tres grupos de fenómenos hay en la *Física* que llevan tres nombres distintos, y que en otro tiempo formaban tres teorías diversas. Son nombres: *magnetismo*, *electricidad* y *calórico*. Diríase que eran tres *cosas* diferentes, tres nuevos cuerpos ó *fluidos*,—que así se llamaban,—aun cuando no hallarse sujetos a la ley de la gravitación, se les aplicaba el *imponderable*.

Hoy la ciencia tiende a identificarlos entre sí y con la luz, y á fenómenos eléctricos, magnéticos, luminosos ó caloríficos a un *se* dinámico. Para el magnetismo y la electricidad la demostración terminante, aunque por las mutuas relaciones que tienen en luz y el calor, sean grandes las probabilidades; para el *cal* teoría tiene elevadísimo grado de certeza.

El calórico según la teoría moderna no es ya un cuerpo, u especie de sutilísimo gas que a manera de emanación va de un y donde se acumula *produce calor*, y desprendiéndose *produce f* como la *luz*, como el *sonido*, como las *olas* del mar, como el *as* el espacio en órbitas colosales, es *MATERIA EN MOVIMIENTO*; y hechos se explican por la misma teoría, y están comprendidos de misma fórmula dinámica, que es la ley y la unidad,—la *gran unidad* de estos fenómenos.

Por eso hemos comenzado este artículo escribiendo: *grandes unidades mundo material*.

Todos estos hechos:—la luz, el sonido, la ola del mar, el astro que vi en el espacio,—con ser muchos, son para la ciencia y para la razón *una* masas, ó moléculas, ó átomos, es decir, *materia que se mueve*.

Así: la *molécula* del *éter luminoso* vibra transversalmente a la línea la cual se propaga la luz, describiendo unas veces líneas rectas (ondas); otras, elipses infinitesimales (polarización elíptica); en siones circunferencias (polarización circular); ó bien espirales cerradas (cuando hay parámetros de extinción).

La *molécula* de la *atmósfera* vibra longitudinalmente dando origen a *ndulación sonora*.

Oscila cada *gota de agua* sobre la superficie del Océano, y del co de estos movimientos resulta la *forma* que se llama *ola*, *aparición* fenómeno.

El *astro*, *molécula colosal*.—si se nos permite emplear esta frase,—en el fondo de los cielos describiendo, no ya las pequeñísimas elipses d sino las magníficas elipses del mundo planetario.

El *átomo*, ya de los cuerpos, ya de la materia inter-estelar, vibra y he aquí el *calor*.

¿Qué importa que los sentidos hallen diferencias profundas, i incólmables, entre un rayo de luz, una armonía acústica, una ola de la marcha de un astro en el espacio?

La razón que *ve más*, y *penetra más* en el fondo de las cosas, afirma q unidad donde la sensación sólo halla diversidad.

Pero la teoría del calor no es una hipótesis más ó menos ingenios perencia la comprueba admirablemente.

Relatar, siquiera de pasada, y en la forma que en un artículo de nero pueden relatar, algunos de los hechos en que se funda dicha te poner de relieve esta gran verdad: el *calor* y *todos sus efectos*, no son d formas y modos del movimiento de los átomos, ya en los cuerpos, ya materia inter-estelar,—es el objeto del presente artículo.

V. De este modo á todos los ejemplos anteriores podremos agregar más: el *calor*. Y dentro de las leyes dinámicas de la materia, veremos otro extensísimo orden de fenómenos.

(Se continuará).

JOSE ECHEGARAY.

LOS HÉROES DEL VULGACHO

Cuyos *las* fueron unos pantalones á menos de media pierna, ó sease unas bragas, si bien un refrán dijo:

Andar en calzas de VILLADIEGO;

que en el lenguaje corriente y moliente equivale á:

Tocárselas como VILLADIEGO,

ó se las *tocó simplemente*; que es tanto como *poner piés en polvorosa*.

¿Qué hay de histórico en la anécdota que engendra conocidísimo:

Agora lo veredes, dixo AGRAGES?

Y cuenta, que, aplicado á Agrages,

«el ahora lo veréis», sigue y seguirá perpetuamente do: «Agora lo veredes;» que en ciertos parícu, la

es tan purista que conserva íntegro hasta el úlde.

ues, ó casi todo, serán hipótesis más ó ménos siempre que se intente biografiar á los *héroes* cho. ¿En qué esconditeces no tienen su origen, el ARBALIAS; los que hoy llamariamos silvantes DE NOCHE y D. DIEGO DE DÍA; el BONO DE CORIA, las preguntas irreproducibles, y que aún cuando linario y grosero, es el *Calino* transpirenaico, á revisteros de salón y demas literatos chirles hiciéronimo de PERO-GUELLO, por alguién confundido con pido GEDEON? Al beatísimo marido, y sigo mi enuñon, de quien su mujer decía: ios me le guarde á mi DIEGO MORENO, que jamas dijo ni bueno.

mastron conocido por su mote: MATAJAS GALLANDO; ma y aborrecidísima por quien se formó la epíxima y obliñenzo de todo ascarillo:

era y enhora el mal para del Abad; una prenda, quizás no fue sino por él, en refran que con a las excelencias a aldea diciendo: ay... ni moza Ma; ni mula mohina, ni á la puerta, ni abad ecino.»

continuo, aún nen iguales ti a ocupar un si este aparte, Doña vivis: el tío Chis; CARANDO, que metió a en barro; arosio el de la caa que cargaba con gones; BERNARDO pada ni pinchaba ANTIMPALOS; tambitos, el de la que hacia efecto la botica y el de los BRIJAN el sa; MARTIN CHAPI; u consonante: IN PERULERO, cual atiende a su

clamaba mostran eximia experien mundo, D. GIL DE ALZAS VERDES; MATICO, el disparatador moso, regocijado y do que nació de mujer; D. CARLOS PRESENCIA, que ma ley es tanto como «el ojo del amo engorda al ca» «hacienda, tu amo te vea.» «Fray Modesto, que arlo nunca llegó á prior.» capitan Araña, que embarcaba la gente y se quedaba fra,

an larga descendencia dejó en todas las clases soales:

El Licenciado VIDRIERA, que con un grado de uva le ompieron la mollera;

tantos y tantos más, que sino se quedan en el tintero, rán en otra ocasion.

Debo sin embargo, no hacer aquí caso omiso de el Otro, que es tanto como AQUEL, si bien algunas casadas muy nandonas distinguan así á su cónyuge y es muy mala señal; y cuyo Otro es segun Quevedo, «en latin un *Quidam*, os chismes cierta persona, en los enredos no sé quien las cátedras cierto autor,» y aparte esto, pariente cer de FULANO, ZUTANO, MENGANO y PERENGANO y de la na familia por quien se dijo:

polo A y azotan á MAZOTE.

aquí encajan tambien COCHICHERRITE y TRO-

CHIMOCHÉ, á quienes conozco de vista, por haberme sido presentados más de una vez en las conversaciones familiares y en nuestra literatura picaresca; pero á quienes no hubiese declarado *héroes del vulgacho* á no haberlos visto de carne y hueso en su *Visita de los Chistes* el señor de la Torre de Juan Abad. Con perdon de tan inapelable autoridad, *Cochicherrite* y *Trochimoché*, rivales aún cuando ignorándolos ambos, de CHISCARAVIS, parécenme de la larga parentela de Alharacas, Antubion, Afufas, Alharaquiento, Bausan, Calvatrueno, Cachivolache, Carlanças, Coramvobis, Cojigos, Desparrancado, Desparratado, Desparpajado, Diagonalondangos, Guriga, Gaiera, Guizque, Habullista, Harón, Hadrollas, Chapeton, Chifarrada, Chiron, Chiculio, Chichota, Chancharras-mancharras, Chaquebaraque, Chabarria, Lalailas, Lilaio, Lila, Lipendi, Mamante y Piante, Magrujo, Martafado, Perdi, Paparai, Percos, Recancamusas, Ramplon, Ratartahillas, Repapilado, Tragantona, Trapautojos, Tiquis-miquis, Tracamundanas, Traquebaraque, Taravilla, Trinqueberrinque, Tolondron, Trujaman, Zanguango, Zorrocloto, Zascandil, Zabucado, Zacapella y no pocos más, que aún cuando sustantivos ó adjetivos, comunes, se convierten en nombres propios, llegado el caso de echar verbos y aún de exclamar sin por eso ponerse en jarras:

¿Qué nuevas hay en la corte de ese Rey Don LISNARTE?

En resumen, que aún cuando el uso personificó á *Cochicherrite* y *Trochimoché*, como lo hizo con tantos de los vocablos transcritos, para mí:

Esos son otros LOPEZ.

IV. Es indudable que muchos de los *héroes del vulgacho*, se immortalizaron no por méritos propios, sino por accidentes á ellos ajenos y aún contrarios á su voluntad. ZAFRA, caballero particular, murió sin dejar grandes cosas que contar, pero al llegarle al campo santo desataronse las cataratas del cielo, y hoy dice todo el mundo siempre que el agua cae á mares:

Llueve más que cuando enterraron á ZAFRA,—y cátae á ZAFRA immortalizado por un hecho en que no tuvo arte, ni parte.

Poseer un burro cerril, no tiene mérito grande, ni chico: todo depende de la condicion del burro.

Pues ahí está:

El asnar de CANTIPALOS, que salia al lobo al camino.

Cuyo Cantipalos rogó á Quevedo que hiciera constar que su notoriedad la debía á su *asnar*, no á su *ansar*, como algunos descuidados correctores de pruebas hubieron de hacer, con su inadvertencia, que se leyera en libros muy doctos.

(Se continuará).

MIGUEL MORAYTA.

ADMINISTRACION. Establecimiento editorial de Don Ramon Molinas,

Córtés, 365 y 367.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.